

NARRACIONES TERRORIFICAS



MÉRIMÉE
TURGENIEV
LE FANU
O'BRIEN
L'ISLE-ADAM
ALARCON
MAUPASSANT
WILDE
"SAKI"
CHÉJOV
COLLINS
BIERCE
KIPLING
BLACKWOOD
SITAN
RAY
METCALFE

SEGUNDA SELECCIÓN

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

PRÓLOGO

A modo de presentación de esta Segunda Selección de NARRACIONES TERRORIFICAS (Antología de Cuentos de Misterio) nada distinto de lo que comentábamos al prologar la Primera Selección cabe decir. Para los lectores impresionables, repetir la advertencia de que el autor de la narración fantástica no cree él mismo en la existencia de los fenómenos sobrenaturales en que muchas veces basa su narración. Para tratar de ellos, en algunos casos conocidos ha llegado a recurrir a la embriaguez tóxica; o bien la inspiración le ha venido como consecuencia de ésta. Sobre estos espeluznantes seres llamados vampiros, cuya existencia se llegó a creer por gente ignorante en tiempos antiguos, se incluye la impresionante narración del autor irlandés John Sheridan Le Fanu, titulada "Carmilla", recientemente llevada a la pantalla. Una nota de humor la aporta Oscar Wilde con su deliciosa historia "El fantasma de Canterville", quizá muy leída, pero que se ha considerado conveniente seleccionar para incluir también una narración fantástica de uno de los grandes maestros de la literatura inglesa. También "Saki", seudónimo de Héctor Munro, contribuye a acentuar aquella nota con su fina ironía, que le ha consagrado como uno de los autores más notables de principios de siglo.

Como se hizo en el primer volumen, aquí se destaca, incluyendo cuatro de sus mejores narraciones, a Jean Ray, escritor bilingüe, pues tiene publicaciones en francés y en flamenco, poco conocido entre los lectores de habla española —como tampoco lo es «Saki»—, pero de cuyo vigor y de cuya imaginación el lector podrá pronto darse cuenta.

Una colaboración importante es la de Rudyard Kipling, cuya narración «La marca de la bestia»^[1] está extractada de

su obra *«El hombre que quería ser rey»*.

Creemos que *él presente volumen reúne la doble condición de valor literario —tanto en los autores ya famosos como en los otros no traducidos hasta ahora— y amenidad en el tema, que de las versiones originales ha procurado mantenerse íntegramente mediante una cuidada traducción.*

LA VENUS DE ILLE

PRÓSPERO MÉRIMÉE

DESCENDÍA la última ladera del Canigó y, a pesar de que el sol se había ya puesto, distinguí en la planicie las casas del pequeño pueblo de Ille, hacia el cual me dirigía.

—¿Sabe usted dónde vive M. de Peyrehorade? —le pregunté al catalán que, desde la víspera, me servía de guía.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Conozco su casa tan bien como la mía. Y, si no hubiera oscurecido tanto, se la mostraría desde aquí. Es la casa más bonita de Ille. Claro que M. de Peyrehorade tiene mucho dinero; y va a casar a su hijo con una muchacha más rica aún que él.

—Y esa boda, ¿va a celebrarse pronto? —inquirí.

—¡Y tan pronto! Tal vez hayan contratado ya los violines para la fiesta. Quizás esta noche, quizá mañana, o pasado mañana... ¡qué sé yo! La boda se celebrará en Puygarrig, pues la muchacha con la que va a casarse el hijo de M. de Peyrehorade es la señorita de Puygarrig. ¡Será una fiesta digna de verse!

Me dirigía a visitar a M. de Peyrehorade por recomendación de mi amigo M. de P. Mi presunto huésped era, según me había dicho mi amigo, un anticuario muy culto y de una amabilidad exquisita. Para M. de Peyrehorade sería un placer, indudablemente, mostrarme todas las ruinas en diez leguas a la redonda. Y yo confiaba en que me acompañaría a visitar los alrededores de Ille, en los que abundaban los monumentos de la Edad Media y de épocas más remotas. Aquella boda, de la que oía hablar por primera vez, trastornaba todos mis planes.

«Voy a ser un aguafiestas», me dije. Pero sabía que me esperaban. M. de P. había anunciado mi visita, y debía presentarme en la casa. Cuando llegamos a la planicie, mi guía

me miró de reojo, con aire que me pareció socarrón, y de buenas a primeras me dijo:

—¿Nos apostamos un cigarrillo a que adivino lo que va usted a hacer en casa de M. de Peyrehorade?

—Bueno —respondí, dándole un cigarrillo—, no creo que sea muy difícil de adivinar. A esta hora, después de haber andado seis leguas por el Canigó, el asunto más importante es la cena.

—Sí, pero ¿y mañana? Estoy seguro de que ha venido usted a Ille para ver el ídolo. Lo sospeché en cuanto vi que sacaba usted un dibujo de los santos de Serrabona.

—¿El ídolo? ¿Qué ídolo?

—¡Cómo! ¿No le han contado en Perpiñán que M. de Peyrehorade había encontrado un ídolo enterrado en el suelo?

—¿Se refiere usted a una estatua de tierra cocida?

—Ni hablar. Es una estatua de cobre, y le aseguro que con ella podrían hacerse muchas monedas. Muchas... Pesa tanto como una campana de iglesia. La encontramos enterrada al pie de un olivo....

—Entonces, ¿se hallaba usted presente cuando fue descubierta?

—Sí. Hace quince días, M. de Peyrehorade nos dijo, a Jean Coll y a mí, que arrancásemos un viejo olivo que murió durante el pasado invierno a consecuencia de las heladas. Fueron unas heladas terribles, como usted ya sabe. Pusimos manos a la obra y hete aquí que de pronto, Jean Coll, que le daba a la azada con todas sus fuerzas, dio un golpe y yo oí un *bimmm*... como si la azada hubiera chocado contra una campana. «¿Qué será eso?», pregunté. Nos pusimos a cavar juntos, cava que te cava, y, de repente, vimos aparecer una mano negra que parecía la mano de un muerto que saliese de la tierra. El miedo me hizo salir corriendo. De modo que me fui en busca del amo, y le dije: «¡Mi amo! ¡Debajo del olivo está lleno de muertos! Hay que avisar al cura». «¿De qué muertos estás hablando?», me preguntó

él. Entonces se acercó al olivo, y en cuanto vio la mano se puso a gritar: «¡Restos antiguos! ¡Restos antiguos!». Se hubiera dicho que acababa de encontrar un tesoro. Agarró el azadón y se puso a cavar con tanto entusiasmo que sacaba más tierra que Jean Coll y yo juntos.

—¿Y qué encontraron allí?

—Una mujer negra casi desnuda, hablando con perdón, toda de cobre, y M. de Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos... de la época de Carlomagno o cosa así.

—Ya entiendo... Debía tratarse de una imagen en cobre de la Virgen, que procedía de algún convento destruido.

—¿Una imagen de la Virgen? ¡Qué va! Si hubiera sido una Virgen, la habría reconocido inmediatamente. Le digo a usted que es un ídolo: no hay más que verlo para darse cuenta. Se le queda mirando fijamente a uno con sus grandes ojos blancos... Diríase que le mira a uno de hito en hito. Al mirarla se ve uno obligado a apartar los ojos.

—¿Ojos blancos? Sin duda están incrustados en el cobre. Probablemente se trata de una estatua romana.

—¡Romana! ¡Eso es! M. de Peyrehorade dijo que era una romana. ¡Ah! Ya veo que es usted un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh, sí! No le falta nada. Se conserva mucho mejor que el busto de Luis-Felipe que tienen en la alcaldía. Es una estatua muy bonita, aunque a mí no me hace ninguna gracia. Tiene un aspecto maligno... y es maligna.

—¿Maligna? ¿Acaso le ha hecho a usted algún daño?

—A mí precisamente, no. Pero, verá usted lo que ocurrió. En cuanto hubimos quitado toda la tierra que la recubría, atamos una cuerda a la estatua y empezamos a tirar de ella para ponerla en pie. El propio M. de Peyrehorade, que tiene menos fuerza que un pollito, tiraba de la cuerda como los buenos. Finalmente, conseguimos ponerla en pie. Fui en busca de unas cuantas tejas para faltarla, cuando de repente, ¡patatrás!, la estatua se desplomó de golpe. Yo

grité: «¡Apartaos!». Pero mi aviso llegó demasiado tarde y Jean Coll no tuvo tiempo de apartar la pierna...

—¿Resultó herido?

—¡Le aplastó completamente la pierna! Al verlo, me puse furioso. ¡Maldita estatua! Por mi gusto la hubiese emprendido a golpes de azada con ella, pero M. de Peyrehorade me contuvo. Le entregó una buena cantidad de dinero a Jean Coll, pero éste sigue en cama después de quince días de haberle ocurrido la desgracia, y el médico dice que no volverá a andar con la pierna lastimada como con la otra. Una verdadera desgracia, pues Jean Coll era nuestro mejor corredor y, después del hijo de M. de Peyrehorade, el mejor jugador de pelota a mano.

Entretenidos en la conversación, habíamos llegado a Ille y no tardé en encontrarme ante M. de Peyrehorade. Se trataba de un hombre menudo, de aspecto jovial, entrado en años pero muy bien conservado. Aun antes de leer la carta que para él me había entregado M. de P., me instaló ante una mesa bien servida y me presentó a su esposa y a su hijo Alphonse; les dijo de mí que era un ilustre arqueólogo, destinado a sacar al Rosellón del olvido en que le había sumido la indiferencia de los sabios.

En medio de las idas y venidas de sus padres, que se empeñaron en ofrecerme una fabulosa comida, M. Alphonse de Peyrehorade permanecía tan inmutable como una piedra miliar. Era un joven de veintiséis años, alto, de facciones regulares y hermosas, pero carentes de expresión. Su aspecto atlético justificaba la reputación de infatigable jugador de pelota a mano de que gozaba en toda la comarca. Aquella noche iba vestido elegantemente, de acuerdo con la portada del último ejemplar del *Journal des Modes*. Pero no parecía encontrarse a gusto dentro de su traje; estaba tan rígido como un poste y al moverse lo hacía con todo el cuerpo. Sus manos, grandes y callosas, contrastaban extrañamente con la ropa que llevaba puesta. Eran las manos de un labriego surgiendo de las mangas de un peti-

metre. Aunque me estudió de los pies a la cabeza con evidente curiosidad, sólo me dirigió la palabra en una ocasión durante toda la velada, y fue para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—Bueno, bueno, mi querido amigo —me dijo M. de Peyrehorade cuando la cena tocaba a su fin—, ya está usted en mi casa y me pertenece por completo. No le soltaré hasta que haya visto todo lo que hay por ver en nuestras montañas. Debe conocer nuestro Rosellón y hacerle justicia. No tiene idea de lo que tenemos por aquí. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes, bizantinos... Le acompañaré a verlo todo y no dejar que se pierda ni un solo ladrillo.

Un acceso de tos le obligó a interrumpirse. Lo aproveché para decirle cuánto lamentaba molestarle en aquellas circunstancias. Si quería darme sus excelentes consejos acerca de los lugares que yo debía visitar, no era necesario que se distrajera de sus deberes para acompañarme...

—¡Ah! Se refiere usted a la boda de este muchacho —me interrumpió—. Tonterías, la boda no se celebrará hasta pasado mañana. Y usted nos acompañará, pues será una cosa íntima: la novia está de luto por una tía que le ha dejado todos sus bienes. De modo que nada de fiestas, nada de baile... Una verdadera lástima... hubiera visto bailar a nuestras catalanas... Son muy guapas y muy alegres; tal vez hubiese sentido usted envidia y se hubiese decidido a imitar a nuestro Alphonse. Una boda trae otras, dice el refrán... El sábado, en cuanto los chicos estén casados, quedaré libre y nos dedicaremos a lo nuestro. De antemano le pido perdón por lo modesto de una boda provinciana. Los parisienses están acostumbrados a otra clase de fiestas... Y, para colmo, una boda sin baile. Sin embargo, verá usted una novia... una novia... ya me dirá usted qué tal... Pero usted es un hombre serio y no se fija en las mujeres. Tengo algo mejor que enseñarle. ¡Le enseñaré algo extraordinario! Le reservo una gran sorpresa para mañana.

—Perdone, pero creo saber de qué se trata. Resulta muy difícil tener un tesoro en casa sin que la gente se entere.

—¡Ah! De modo que le ha hablado a usted del ídolo, como llaman a mi bella Venus Tur... Bueno, ni una palabra más. Mañana, de día, la verá y me dirá si tengo o no razón al considerarla una obra maestra. ¡Caramba! No podía usted llegar más a tiempo. La estatua tiene algunas inscripciones que yo, ignorante de mí, explico a mi manera... Pero, un sabio de París... Tal vez se reirá de mi interpretación... a fin de cuentas, no soy más que un aficionado de provincias. Sí, he redactado una memoria... poca cosa, desde luego... Quiero hacer hablar a los periódicos... Si quisiera usted leerla y corregirla, tal vez consiguiera... Por ejemplo, me gustará saber cómo traduce usted la inscripción del zócalo: CAVE... Pero, dejemos ahora este asunto. ¡Mañana, mañana! Por hoy, ni una palabra más sobre la Venus.

—Desde luego, Peyrehorade —dijo su esposa—. Deja en paz ya a tu ídolo. No dejas comer tranquilo al caballero. Y el caballero ha visto, en París estatuas mucho más hermosas que la tuya. En las Tullerías las hay a docenas, incluso de bronce.

—¡Habla la ignorancia, la santa ignorancia provinciana! —la interrumpió M. de Peyrehorade—. ¡Comparar una obra de arte de la Antigüedad con las estatuas de yeso de Cous-tou!

*Comme avec irrévérence
Parle des dieux ma ménagère!*

¿Sabía usted que mi esposa quería que fundiese la estatua y la convirtiera en una campana para nuestra iglesia? Claro, ella hubiese sido la madrina... ¡Una obra maestra de Myron!

—¡Obra maestra, obra maestra! ¡Vaya obra maestra que ha hecho! ¡Aplastarle la pierna a un hombre!

—Mira —replicó M. de Peyrehorade en tono resuelto, alzando su pierna derecha—, si mi Venus me hubiese aplastado esta pierna, no lo lamentaría en absoluto.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes decir eso, Peyrehorade? Afortunadamente, el pobre Jean Coll va mejorando... Pero yo aborrezco a una estatua que causa desgracias como ésa.

—Herido por Venus, caballero —dijo M. de Peyrehorade estallando en una carcajada—, herido por Venus, el tunante se queja:

Veneris nec proemia nôris.

¿Quién no ha sido herido por Venus?

M. Alphonse, que entendía mejor el francés que el latín, me guiñó un ojo con aire de complicidad, como preguntándome: «¿Y tú, parisiense, comprendes algo?».

La cena había terminado. Hacía casi una hora que había dejado de comer. Estaba cansado y de cuando en cuando se me escapaba un bostezo. Mme. de Peyrehorade fue la primera en darse cuenta y dijo que había llegado ya el momento de irse a la cama. Entonces se desencadenó otro torrente de disculpas por la falta de comodidades con que me iba a encontrar. No podría dormir como en París, desde luego. En provincias se conforman con muy poco... Tenía que perdonar a los rosellonenses... Les aseguré que después de mi caminata por las montañas podía dormir como un tronco sobre un montón de paja, pero insistieron en que debía perdonar a unos pobres campesinos si no podían ofrecerme todas las comodidades que hubieran deseado poner a mi disposición. Finalmente, subí a la habitación que me habían destinado, acompañado por M. de Peyrehorade. La escalera, con peldaños de madera en su parte

superior, desembocaba en un pasillo a lo largo del cual se abrían varias puertas.

—A la derecha —me explicó mi huésped— está el cuarto que destinamos a la futura Mme. Alphonse. La habitación de usted queda al final del pasillo opuesto. Ya comprenderá usted —añadió, con aire malicioso—, ya comprenderá usted que debemos dejar aislados a los recién casados. Usted estará en un extremo de la casa, y ellos en el otro.

Entramos en una habitación bien amueblada, y lo primero que vieron mis ojos fue una cama de dos metros de longitud y casi otro tanto de anchura, y tan alta que hacía falta un escabel para encaramarse a ella. Después de indicarme dónde estaba la campanilla por si se me ocurría llamar durante la noche, de asegurarse de que el azucarero estaba lleno y los frascos de agua de colonia debidamente alineados sobre el tocador; después de preguntarme una docena de veces si me faltaba alguna cosa, mi huésped me dio las buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme, abrí una de ellas para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una copiosa cena. En frente mío se alzaba el Canigó, siempre admirable, pero que aquella noche me pareció la montaña más bella del mundo, iluminada como estaba por los resplandecientes rayos de la luna. Permanecí unos minutos contemplando su maravillosa silueta, y estaba a punto de cerrar la ventana cuando, al inclinar los ojos, vi la estatua sobre un pedestal a un centenar de pasos de la casa. Se hallaba en un ángulo de un seto que separaba un pequeño jardín de una gran pista de cemento con una alta pared en uno de sus extremos y que, como me enteré más tarde, era el frontón del pueblo. Aquel terreno, propiedad de M. de Peyrehorade, había sido cedido por él a la comunidad debido a las insistentes presiones de su hijo.

A aquella distancia me resultaba difícil ver con claridad la estatua; sólo podía calcular su altura, que me pareció de unos seis pies. En aquel momento, dos jovenzuelos avanzaban por el frontón, casi pegados al seto, silbando una bella melodía del Rosellón: *Montagnes régáledes*. Al llegar junto a la estatua se detuvieron, y uno de ellos la insultó en alta voz. Hablaba en catalán; pero yo había pasado en el Rosellón el tiempo suficiente para comprender casi todo lo que decía.

—Ahí estás, ¿eh, bribona? (El vocablo catalán fue mucho más expresivo). Tú eres la que has aplastado la pierna a Jean Coll, ¿verdad? Si fueras mía, te rompía el cuello.

—¿Con qué ibas a rompérselo? —replicó su compañero—. Es de cobre, y tan dura que Étienne rompió una lima tratando de descantillarla. Es cobre del tiempo de los paganos; un cobre más duro que no sé qué.

—Si tuviera mi cortafríos (al parecer se trataba de un aprendiz de cerrajero) verías lo que tardaba en hacerle saltar sus grandes ojos blancos. Son de plata y deben valer un dineral.

Se alejaron unos pasos.

—Tengo que darle las buenas noches al ídolo —dijo el mayor de los dos aprendices, deteniéndose de repente.

Se inclinó, probablemente en busca de una piedra. Le vi alzar el brazo, lanzarlo hacia delante, y casi inmediatamente el cobre resonó sonoramente. Y en el mismo instante, el aprendiz se llevó la mano a la cabeza profiriendo un grito de dolor.

—¡La estatua me ha devuelto la piedra! —exclamó.

Y los dos jovenzuelos echaron a correr a toda la velocidad de sus piernas. Era evidente que la piedra había rebotado contra el metal, vengando en el agresor la ofensa que había infligido a la diosa.

Cerré la ventana riéndome de buena gana.

—¡Un vándalo castigado por Venus! ¡Ojalá todos los que destruyen nuestros monumentos antiguos reciban un casti-

go semejante!

Con este caritativo pensamiento me quedé dormido.

Cuando me desperté, el sol entraba a raudales por las ventanas. A un lado de mi cama se hallaba M. de Peyrehorade, en bata y zapatillas; en el otro lado, un criado enviado por la señora de la casa con una taza de chocolate en la mano.

—¡Vamos, parisiense, en pie! —gritó M. de Peyrehorade—. ¡Vaya con los perezosos de la capital! ¡Las ocho de la mañana, y todavía en la cama! Yo estoy levantado desde las seis. He subido tres veces; me he acercado de puntillas a la puerta, y ni señal de vida. No es saludable dormir tanto a su edad, amigo mío. Mi Venus le está esperando... Vamos, tómese esa taza de chocolate de Barcelona... Es contrabando, ¿sabe? En París no hay chocolate como éste. Coja fuerzas, porque en cuanto esté delante de mi Venus no habrá quien le arranque de allí.

En cinco minutos estuve listo, es decir, afeitado a medias, mal abrochado y escaldado por el chocolate, que estaba hirviendo. Bajamos al jardín y me encontré ante una estatua admirable.

Era una Venus, y de una belleza maravillosa. Su mano derecha, levantada a la altura del seno, estaba vuelta con la palma hacia dentro; el pulgar y los dos primeros dedos, extendidos, y los otros dos dedos ligeramente doblados. La otra mano, cerca de la cadera, sostenía el lienzo que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de aquella estatua recordaba la del jugador de morra al que se da el nombre, nunca he sabido por qué, de Germanicus. Tal vez habían querido representar a la diosa jugando a la morra.

Fuera lo que fuese, resultaba imposible ver algo más perfecto que el cuerpo de aquella Venus; algo más elegante y más noble que el lienzo con que se cubría. Tenía ante mis ojos una obra maestra de la época de oro de la escultura: el Bajo Imperio. Y lo que más me maravillaba era la exquisita naturalidad de las formas, que hubieran podido